

Bernardo García Martínez, *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987, 426 p.

Los espacios serranos siempre han tenido una individualidad distintiva en la historia de México; su áspera geografía se adivina no lejos de las ciudades, enmarcando los labradíos, coronados de bosques y barrancas, con pequeños valles escondidos que han servido de asilo a los disidentes, de refugio a los perseguidos y de base para bandoleros y revolucionarios. Su historia, sin embargo, ha atraído sólo marginalmente la atención de los historiadores. Aunque la sierra oaxaqueña tiene ya un *corpus* bibliográfico de cierta consideración, estamos lejos de poder decir lo mismo respecto a Querétaro, Guerrero, Puebla o Michoacán.

El libro que aquí comentamos es, en este sentido, particularmente bienvenido. Aporta una sólida reconstrucción de los hechos, muy útiles mapas e incluso fotografías (con algunas que difícilmente se distinguen) para ilustrar nuestro desconocimiento del entorno. Con mucho tino, el autor no se deja llevar por la masividad de la información que está detrás de su investigación; la argumentación es clara y coherente y en general el texto se deja leer con agrado y facilidad.

García Martínez se interesa por la historia de la gente “sin historia”, que ha pasado su vida en el espacio que convencionalmente llamamos “Sierra norte de Puebla”, esto es, lejos de los grandes centros culturales y económicos. Aunque el grueso del texto se ocupa de la colonia, tiene una muy interesante síntesis de la historia prehispánica de estas regiones.

Sostiene el autor, a mi parecer con buenas razones, que la historia de los indios no ha estado marcada por la pasividad y la carencia de opciones, y que más bien ha sido dinámica y cambiante, resultado de una solución creativa a problemas de adaptación e interacción, pautada de síntesis y contradicciones. Señala que la historia de los indígenas ha estado durante muchos siglos dominada por la historia de sus pueblos que, por ende, constituyen el objeto propio de la investigación. Comenta que existe una transición desde los *altepeme* hacia la comunidad campesina —dos instituciones diferentes entre sí a pesar de sus similitudes formales— y tiene notas de interés sobre la transición en el uso de la voz “pueblo” en la documentación, que muchas veces ha intrigado y desconcertado a los investigadores.

En el texto ocupan lugar importante los conflictos relacionados con el ejercicio del poder, la administración, el complejo conjunto de símbolos y prácticas en que se basaba la continuidad y legitimidad del pueblo, de sus gobernantes e instituciones. Particularmente, la línea

conductora del libro regresa reiteradamente al análisis de la relación entre el poder y el espacio: su integridad, la interrelación de sus componentes, su mayor o menor centralización y concentración de actividades rituales, administrativas, económicas y de otra índole, esenciales para la vida política y fundamentales para comprender la desintegración de los pueblos. Así, se siguen cuidadosamente y comentan los cambios realizados directa o indirectamente por los españoles para servir a los lineamientos del sistema colonial: la conversión del carácter difuso y descentralizado de los *altepeme* hacia la centralización y rigidez, la aparición de nuevos núcleos de actividad política y económica y las consecuencias espaciales de hechos tales como la división de obispados, las congregaciones, las encomiendas, y el surgimiento de un nuevo camino entre el altiplano y la costa.

Este interés por los problemas del espacio conduce a las mejores páginas del libro —y también a algunos argumentos dignos de discusión. García Martínez hace un estudio muy inteligente de las repercusiones espaciales de acontecimientos como las congregaciones de pueblos, y tiene excelentes páginas dedicadas a disectar las raíces y efectos de los litigios entre cabeceras y sujetos. En otras partes resulta menos convincente: por ejemplo el desarrollo ganadero, que tuvo grandes y graves repercusiones para los pueblos de la región, es tratado de una manera más bien lateral— uno supondría que no encaja muy bien dentro del modelo de las transformaciones espaciales. Parecería que la utilización y utilidad del análisis de la interrelación entre poder y espacio debería pasar por una especie de prueba crítica. Es interesante y muy válido suponer que una modificación en la división política o eclesiástica o en las redes comerciales traerá consecuencias para los habitantes, pero esto es solamente una suposición que debe ser probada, y a veces la prueba presentada es poco conclusiva. Por ejemplo, el autor califica la fundación de San Juan de los Llanos como “notable revolución espacial”; pero la evidencia de las consecuencias reales, directas y comprobables de esta “revolución” sobre la vida de los pueblos es indirecta y dudosa (p.137, y nota al pie). En la misma línea de pensamiento, una reflexión detenida sobre el efecto de los transformaciones espaciales debería presentar algunos argumentos en el sentido de que estas consecuencias son más importantes y trascendentes que otros procesos que pueden también estar detrás de los mismos hechos— digamos, la demografía o los ciclos de la producción.

En fin, se trata de materias abiertas a la polémica, y *Los pueblos de la sierra* es buen fundamento para dedicar tiempo e interés a seguir el futuro de este método de análisis. Las aportaciones de este libro, asimismo, renuevan un campo de trabajo —el de la historia de los pueblos

indígenas— que parecía irse quedando atrás en la historiografía mexicanística, y sus conclusiones parecen abrir un panorama promisorio para el estudio comparativo de las regiones serranas durante la época colonial.

FELIPE CASTRO GUTIÉRREZ